

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 10 de Agosto de 1865.

Núm. 30.

SUMARIO.

Reciela de la semana, por X.—La pluma, por J. Selgas.—Isabel de Valois, hecho histórico, por Mariano Jaderías Bander.—El Potentote, por V. C. Feijoo.—Elegía perruna, poesía, por J. González de Tejada.—A Isabel la Católica, ensayo, por F. R. Zapata.—Las tres manzanas de oro, novela, por Samuel Hawthorne, traducción de M. Jaderías.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Por ligeras que sean nuestras nociones en derecho internacional, no podremos menos de reconocer que la causa de Polonia es de justicia y de razón. Vanos serán pues los esfuerzos de aquellos, que extraviados por sus exageradas ideas de política, por su ignorancia ó tal vez por otros motivos menos disculpables, procuran hacernos ver que aquel desventurado país no obra dentro de los límites del derecho, sosteniendo la porfiada lucha que tiene empeñada en la actualidad contra las numerosas legiones de Alejandro II.

En el interés de Polonia, como en el de toda otra nación, está el mirar por la integridad de su territorio, así como también debe respetar el territorio que corresponda á otros Estados: en la estricta observancia de este principio, sancionado hoy y admitido por todos los pueblos civilizados, se funda la conservación del equilibrio internacional; así es como únicamente pueden evitarse las bárbaras conquistas y los innumerables repartimientos que aun en nuestros mismos días se han llevado á cabo, sin mas títulos que la superioridad que dá la fuerza.

Los que niegan que Polonia en la cuestión que nos ocupa, representa el derecho y que Rusia representa la injusticia, no se acuerdan quizás de que hace poco menos de un siglo que aquella nación, patria heroica de Kosciusko y una de las mas antiguas y preclaras de Europa, gime sumida en el mas abominable cautiverio. Tres naciones poderosas se pusieron de acuerdo para destrozarse su nacionalidad, y en 1772 consumaron tan inicuo atentado á la faz de toda Europa, repartiendo entre sí los despojos de lo que hasta entonces había sido un reino independiente.

La lucha que hoy sostiene Polonia y que nos recuerda una gloriosa página de nuestra historia, comenzó en aquella época; hasta ahora se ha visto reducida á sus propias fuerzas y sin contar con los recursos necesarios para salir triunfadora en la noble causa que viene sustentando hace ya cerca de un siglo en defensa de su independencia y de su religion.

Las mismas naciones que en 1772 presenciaron impasibles el atentado cometido por la Rusia no pueden ya sancionar con su aquiescencia la usurpación de Polonia, ni mirar sin remordimiento correr la sangre de sus mas ilustres hijos. Resueltas á que termine la triste situación de aquel desgraciado país, han puesto en juego todos los medios posibles á fin de conseguirlo, mas hasta ahora han sido infructuosos. La vía diplomática es impotente para

llegar á este resultado, y todos los esfuerzos hechos hasta el día han venido á estrellarse contra la obstinación de la Rusia. La guerra, de la que somos enemigos, es ya necesaria y la deseamos de todo corazón, porque ella es la única salvación posible para Polonia y la única garantía de la independencia de los demás Estados de Europa.

No queremos dar crédito todavía á los rumores que circulan de nuevas negociaciones entre las tres potencias aliadas y el gabinete de San Petersburgo; para nosotros, cualquiera nueva dilación es la completa ruina de Polonia.

Las noticias que nos comunican los periódicos extranjeros respecto á Italia, Grecia y los Estados-Unidos, adelantan muy poco á las que hemos dado en la última revista.

Nuestros lectores tendrán ya conocimiento del horrible desastre ocurrido en Manila. Segun escriben de aquella capital, á consecuencia de los terremotos se han desplomado la catedral, las iglesias de Santo Domingo el Real, Santa Isabel y San Juan de Dios; los palacios, las escuelas, el hospital militar, la casa del tribunal de comercio y todos los edificios públicos. En la catedral murieron ocho sacerdotes y muchos fieles. El capitán general estaba ausente cuando se desplomó el palacio en que habitaba, y su familia pudo salvarse con gran trabajo. La mitad de la ciudad ha quedado arruinada y destruidas todas las barracas.

Nuestra augusta soberana y su esposo son siempre los ángeles de la caridad y el escudo y consuelo de la desgracia.

Ahora, al saber la catástrofe ocurrida en Manila y profundamente afectados con los pormenores de tan espantoso desastre, han mandado al administrador de su real patrimonio, Sr. Goicoerrotea, poner á disposición del gobierno la cantidad de veinticinco mil duros para socorrer á los infortunados cuya hacienda ó porvenir hayan desaparecido en tanta desgracia y tan pavorosa ruina.

De política interior nada sabemos. Nuestro gabinete ha sufrido una ligera modificación. Sea para bien. Segun se dice, el decreto de disolución de Cortes aparecerá probablemente el 15 del actual.

Hemos ofrecido ocuparnos de espectáculos y diversiones públicas, y por hoy solo participaremos á nuestros lectores un lance ocurrido la noche del jueves en el circo del Príncipe Alfonso y que produjo cierto disgusto en el público y no poco escándalo. Un pasiego tuvo tal habilidad para atar al hombre de la cuerda Indiana, Mr. Tolmaque, que por mas esfuerzos que hizo durante unos ocho minutos, no pudo desatarse hasta que se vió obligado á romper la cuerda. Como esto no era lo que se esperaba, y tardó mucho mas tiempo del ofrecido, el público se llamó á engaño, y no faltó quien llenase de improperios, segun se dice, al vencido artista, el cual tuvo que hacer esfuerzos desesperados y hercúleos para romper la cuerda, lastimándose bastante.

Entre los sucesos que, aparte de la crisis, cuestión elec-

toral, incendios y caseros, forman á la sazón el tema de todas las conversaciones, hay uno principalmente que corre de boca en boca y de un extremo á otro de la coronada villa. No queremos pasarlo por alto, siquiera sea en bien de las pantorrillas de los pollos y demas aves que cruzan impávidas las calles de Madrid sin temor á la hidrofobia, enfermedad virulenta que tiene á la humanidad en un potro, ó como si dijéramos, con el alma entre los dientes (de los perros). Es el caso, que hace muy pocos días se ha pasado por el ministerio de la Gobernación á la Dirección general de contribuciones, uná Real orden de aquella secretaría para que se forme el oportuno expediente á fin de señalar un impuesto especial á la raza canina.

Aun cuando las razones en que aquella se funda son á nuestro entender dignas del mayor encomio, tanto por el espíritu de amor al prójimo que revelan, como por las aclaraciones científicas hechas con objeto de combatir á la funesta enfermedad, y evitar en lo posible sus frecuentes y dolorosos resultados, no por eso debemos negar á los perros el que se reúnan y protesten acerca de una disposición que lleva la odiosidad de los hombres sobre su raza. El perro dejará de ser en lo sucesivo el mejor amigo del hombre, porque el hombre no quiere amigos que lo cuesten dinero.

Con este motivo se nos ha asegurado, que anoche se reunieron los que están señalados como revolucionarios, y los que, no teniendo el arraigo suficiente para hacer efectivo el impuesto, y no cuentan con personas que *abonen su conducta*, no aguardan otra suerte que la de sucumbir á los efectos de la estrigina.

En esta reunión, como en todas aquellas en que se trata de dar un voto de censura al Gobierno, hubo perros de todas castas y colores, distinguiéndose los de *presa*, como más dispuestos á hacerlo en el momento de dar el grito de alarma.

Dos horas traseurrieron; la reunión tuvo lugar en el paseo de Recoletos y ni un solo sereno llegó á turbar la tranquilidad de aquel *meeting* perruno.

Dos solas proposiciones, entre las muchas que se hicieron, fueron las únicas que se tomaron en consideración; desde entonces, el comité quedó fraccionado en dos grupos. El primero, más avanzado, propuso que la manifestación no debía ser pacífica de ninguna manera, cuando tan descaradamente e inhumanamente se atentaba contra la libertad individual; en su concepto lo más conveniente era lanzarse en un día señalado y al grito de «¡abajo el impuesto perruno,» contra aquellas dependencias del Estado que hubieran tenido alguna participación en el asunto; para combatir siempre de mordet en primer lugar á los porteros, ya pusiesen ó no resistencia. Despues se procedería á destruir todos los expedientes, minutas y circulares que allí existen y tienen relación con este asunto. Morder á todos los individuos de la junta de sanidad y á todas las señoras que pagasen el impuesto de los perros aristócratas.

Un orador del segundo grupo dijo que debía hacerse todo cuanto su digno compañero acababa de exponer ante aquella respetable asamblea, si bien le parecía muy conveniente que los medios que debieran emplearse halldan de ser de todo punto distintos para dejar á cubierto la responsabilidad.

Una voz *ladrante*.—¿Y cuáles son esos medios?

Otra.—Que se acepte la opinion que acaba de exponerse.

Otra.—Dejad que hable el orador.

Muchas voces.—Que no; que sí (¡unido!).

El presidente.—Silencio, señores!

Una voz.—Pido que se dé por terminada la sesión.

Otra.—Que continúe el orador... (al órden; no, no; sí, sí.)

El presidente.—Silencio he dicho, señores! (se restablece la calma.)

El orador.—Iba á decir, que me parecia mucho más sencillo el que nos amarrásemos á la estremidad de la cola un chocolatero viejo, que buscaria cada cual en el Rastro, y que nos lanzáramos corriendo y ataviados de esta suerte por las cuatro avenidas de Madrid, mordiéndole sin piedad á los serenos, parejas de guardias, aguadores, caballos de sîmones, policia y en fin, todo cuanto se nos pusiera por delante; de esta suerte, queda á salvo nuestra responsabilidad, y se culpará á los hombres del mal que ocasionamos. (Bravo! bravo! muy bien!!!)

—Esto no obstante, pueden introducirse en mi proyecto las modificaciones que el comité estime oportunas; *verbigracia*, entre una jóven y una vieja, morder á la vieja; entre un rico y un pobre, morder al rico. (Bravísimo!)

Una voz.—¿Y entran en la conspiración los perros sábios del circo de Ciniselli?

Otra.—Aquí no queremos sábios.

El presidente.—Silencio señores! ¿Ignorais acaso que uno de esos perros heróicos ha roto ya las hostilidades mordiéndole á su propio amo?...

La presencia de un sereno hizo que se levantara la sesión mas que de prisa.

X...

LA PLUMA.

Un tintero es un abismo.

No hay mas que asomar la mirada á la boca siempre abierta de ese pozo, para convencerse de que es imposible medir las profundidades de su oscuridad.

La tinta es negra por una razon verdaderamente triste: es el luto de las ideas.

Todos los niños lloran al nacer; los pensamientos no tienen lágrimas y muestran su dolor vistiéndose de negro.

Por una contradicción inexplicable, el hombre se vale de la tinta para esparcir por la tierra la claridad de sus ideas.

Esto es lo mismo que si el sol esparciera por el mundo la luz del dia, valiéndose para ello de la oscuridad de la noche.

Para mí el tintero es la representación de mí misma propia inteligencia: es oscuro como el fondo de nuestros pensamientos.

Siempre que escribo, se me pone delante de los ojos como un enigma dentro del cual se encierra todo lo que yo quiero decir.

Me parece que es mi entendimiento que está sobre la mesa.

El que habla, piensa con la lengua; el que escribe, piensa con el tintero.

Observad que nos dejamos en el tintero todo lo que se nos olvida.

¿Qué es un tintero? Pensadlo bien.

Para mí es una especie de mar negro en el cual el hombre pesca sus propias ideas.

La pluma es la hija del tintero.

Su oficio es tejer todos esos cabos sueltos que forman

en el Diccionario el hilo misterioso de la lengua.

La pluma puede ser un arma terrible.

Hé aquí lo que sobre este particular me confía la que tengo en la mano.

Por grande que sea el desprecio con que un hombre mire su vida, siempre se detiene al ver delante de su pecho el cañon de una pistola.

La sociedad es mucho mas valiente.

Todos los dias se arroja tranquila y serena contra esa multitud de proyectiles que continuamente lanzan al aire los cañones inagotables de nuestras plumas.

Con una pistola se puede muy fácilmente matar á un hombre, con una pluma se puede aun mas fácilmente matar un alma.

La pluma es un arma de precision cuyos tiros van á herir siempre el corazon ó la cabeza.

Unas veces muerde de Improviso como las víboras; otras veces lame suavemente como los vampiros.

Madrid amanece un dia agitado por la noticia de un terrible suceso.

La historia del acontecimiento puede ser cualquiera de estas tres.

Es indiferente que sea un libertino, que soborna á los criados de la casa y penetra en ella dejando al salir la marca de la deshonra en la frente de una familia.

Tambien puede ser un hombre que se introduce en otra casa merced á la virtud de una llave maestra, y con admirable habilidad deja en la calle á una madre y á unos cuantos hijos, á los que indudablemente desde ese momento les queda el derecho de pedir limosna.

De la misma manera puede ser una sombra oculta detrás de una esquina, que levantando repentinamente el brazo arroja al espanto de los transeuntes, á la agitacion del barrio, á las investigaciones de la justicia y al horror de todos, el espectáculo mudo y frio de un cadáver.

Es indiferente que sea una violacion, un robo ó un asesinato.

Cada uno de estos tres casos nos da en la cara sucesivamente con estas tres cosas: un puñado de oro, una llave maestra y un puñal.

Madrid se halla profundamente conmovido, sinceramente indignado.

Cada familia vé su honra al arbitrio de unas cuantas monedas; cada vecino ve su fortuna amenazada por el gancho reforzado de una *ganzúa*; cada uno ve su vida pendiente de la punta de un puñal.

La indignacion pública se desahoga en estas tres proposiciones: el oro es un elemento de corrupcion; la *ganzúa* es la herramienta de los ladrones; el puñal es el arma de los asesinos.

La honra, la fortuna y la vida.

Estas son las tres cosas que necesitan de todo el amparo de las leyes, de toda la actividad de los tribunales, de toda la fuerza de la sociedad.

Yo no tengo para sobornar ni una llave de esas que abren todas las puertas, ni un puñal para herir á un hombre.

Yo no tengo mas que una pluma. Es brillante como el oro, ágil como una llave maestra, aguda como un puñal, pero no es ninguna de esas tres cosas.

El libertino deshonra, el ladrón roba, el asesino mata y yo escribo.

Ellos tienen sus vicios, yo mis opiniones: ellos son unos

criminales; yo soy un escritor, un poeta, un filósofo.

Yo fabrico la serpiente, y ella muerde.

Madrid se estremece de indignacion ante una familia deshonrada, ante una casa robada, ante el cadáver de un hombre asesinado, y clama contra el seductor, contra el ratero, contra el asesino.

Aquí hay un hombre que corrompe el corazon de las mujeres, que roba á la inocencia el tesoro de las virtudes, que mata el alma de la juventud.

La mayor parte de esos cadáveres que la prostitucion pasea orgullosamente por los sitios mas públicos de Madrid, son sus victimas.

Todos esos hijos que se mofan de la santa autoridad de sus padres, son la realidad de sus pensamientos.

Todos esos seres con que á cada paso tropezamos en la vida, frios como si fueran el sepulcro de un alma muerta, son sus obras.

Su pluma es como el relámpago que brilla para cegar.

Sus pensamientos tienen la frondosidad funesta de esos árboles á cuya sombra dormirse es morir.

Este hombre no es un seductor, ni un ratero, ni un asesino: es un hombre de talento.

Se solicita su amistad, se admira su genio, se le abren todos los brazos y todas las casas, se le oye como á un oráculo, se le llena de oro y se le cubre de honores.

Si sedujera con el brillo de unas cuantas monedas, si robara con una *ganzúa*, si matara con un puñal, sería á los ojos de todos un seductor infame, un ratero despreciable, un cobarde asesino.

Pero todo eso puede hacerlo con la pluma, y en vez de ser corruptor, ratero ó asesino, es el honor de las letras, la gloria del arte, el orgullo de la inteligencia.

Todos le llamamos gran poeta, profundo filósofo, genio sublime.

La pluma es el arma mas terrible que ha podido ponerse en manos de los hombres.

Y para ver que la pluma es un arma terrible, no hay mas que observar qué ya no hay pluma que no sea de acero.

Yo no sé qué es mas temido, si un escribano ó un escritor.

J. SELGAS.

ISABEL DE VALOIS.

BOCETO HISTÓRICO.

I.

A 15 de abril de 1545 nació en Fontainebleau la esclarecida Isabel de Valois, primogénita del rey Enrique II de Francia y de Catalina de Médicis.

Dice Brantôme, contemporáneo suyo, que era jóven muy discreta y dotada de virtud y hermosura como pocas, bien formada, de ojos y cabellos negros y brillantes, de rostro fino y delicado y elevada presencia. Tan bello era su conjunto, que los señores de la corte no se atrevían á mirarla por no quedar cautivos de sus gracias y causar celos al rey su marido.

Siendo aún muy niña fué prometida por sus padres á Eduardo IV de Inglaterra, pero la muerte de este deshizo el proyecto.

Mas adelante, cuando trisaba Isabel en los catorce años, á consecuencia de las capitulaciones de Chateau-Cambre-

sis, quedó estipulado que contraería matrimonio con el príncipe de Asturias, D. Carlos, hijo de Felipe II; pero como por este tiempo acaeciese la muerte de María Tudor, esposa del rey, y su hermana Isabel, á la sazón reina de Inglaterra, no manifestase mucho deseo de otorgar á Felipe su mano, solicitada por él, S. M. admitió la proposición de los embajadores franceses, que consistía en sustituir en el tratado con su nombre el de su hijo, y de esta suerte vino Isabel á ser para entrambas naciones un vínculo de concordia.

Por eso se la conoce tambien bajo el nombre de Isabel de la Paz.

Poco despues de ratificado el convenio, despachó D. Felipe para la corte de Francia al duque de Alba, encargado de representarle en la ceremonia del casamiento.

Acompañaban al duque gran número de caballeros españoles, los cuales por su galanteria, buen porte y magnificencia maravillaron á los parisienses.

Celebróse el matrimonio el 24 de junio de 1559 en la catedral de Nuestra Señora, y fué seguido de grandes festejos, entre ellos un torneo, durante el cual, como Enrique II excitase á un noble llamado Montmorency á romper con él una lanza, éste en el encuentro le deshizo la visera, pasándole una sien. Ocho dias despues falleció el monarca, á los cuarenta y dos años de su vida y trece de reinado.

II.

A principios de enero del año siguiente llegó la jóven desposada á la frontera, donde la recibió del cardinal de Borbon el duque del Infantado, quien no perdonó gasto ninguno para que la escolta y viaje de la reina fuese lo mas lucido y brillante que hasta entonces se hubiera visto.

En efecto, iban con el duque muchos grandes señores, parientes suyos, su servidumbre, cincuenta ipajes vestidos de brocado, y hasta mil y quinientos caballeros lujosamente adornados, ostentando arreos en sus caballos, guarnecidos de oro y piedras preciosas.

Verificóse la entrega en Roncesvalles, y de allí prosiguieron todos su camino hasta el palacio del de Infantado, en Guadalajara, donde habian de encontrarse los esposos.

Entró Isabel en la ciudad montada en un caballo blanco y vestida de arminio, llevando á sus lados al duque y al arzobispo de Burgos. Todo el pueblo se habia lanzado á las calles del tránsito, y sus aclamaciones se confundian con el tafúdo de las campanas, echadas al vuelo.

Aguardaba el rey á doña Isabel en un salon de palacio; y como en el primer momento de la entrevista notase D. Felipe que su esposa lo miraba con mas firmeza de aquella que á las costumbres españolas convenia, le dijo: «¿Qué miráis, si tengo canas?» Palabras que, segun Brantôme, le desconcertaron.

El pueblo de Guadalajara festejó la estancia de sus magestades con grandes regocijos, iluminaciones, músicas y bailes, fuentes de vino y mesas puestas en las calles con abundantes manjares para todo el mundo.

Partieron SS. MM. al otro dia para Toledo, donde ya se habian dispuesto tambien solennes agasajos, siendo uno de los mas notables el simulacro que hicieron en la Vega dos cuerpos de caballeria, vestidos sus ginetes á la morisca y á la castellana.

Sorprendió á doña Isabel, durante las fiestas que se le hacian, una erupcion de viruelas que puso en grave peligro su hermosura; pero que al fin, gracias á un *souverain*

remedie, recobró su salud, y su rostro quedó sin huellas de la terrible enfermedad. Restablecida que estuvo, se trasladó la corte á la residencia de Valladolid.

III.

Schiller, Alfieri, Quintana y otros, movidos sin duda por la fuerza del consonante, nos han presentado á Isabel en amorosas relaciones con su hijastro. Otro dia manifestaremos que la falsedad de estas suposiciones está probada por la historia, y que Isabel y Carlos fueron dos hermanos en sus relaciones: ella compasiva y afectuosa para él, y él agradecido y respetuoso para ella. Esto podrá no ser muy romántico, pero sí es muy exacto y evidente.

Porque tanto la prisión y desgraciado fin de D. Carlos, como la muerte de su madrastra, tuvieron otras causas muy distintas de las que los poetas y los historiadores de cierta escuela les han atribuido, llevados de su enemistad á las instituciones y carácter de Felipe, quien no dejará por eso de ser uno de los mas grandes reyes que han conocido los siglos.

Felipe amó á doña Isabel hasta su postrer momento con invariable ternura; y durante los primeros años de su matrimonio, lo mismo que á los últimos, la permitió toda esa libertad que un marido prudente debe conceder á la esposa de quien tiene recibidas sólidas y verdaderas pruebas de sinceridad y afecto.

Es cierto que doña Isabel se acongojó sobremanera al saber la prisión del príncipe; lo es tambien que oró mas de una vez al pie de su sepulcro en Santo Domingo el Real; pero el que una mujer llena de ternura se afija y apesare por las desgracias de un pariente suyo muy cercano, que lo llora á su muerte y que en su vida interceda para dulcificar el rigor de su suerte, ¿entando han sido partes para suponerla adúltera? Ademas *no hay*, examinando los hechos con algun detenimiento, *la mas leve cosa que autorice, no ya á creer, pero ni aun á sospechar* relaciones amorosas mas ó menos positivas entre D. Carlos y doña Isabel.

Mal se acomoda el que D. Felipe hiciese morir á su esposa por adúltera, con el grande amor que tuvo á las dos hijas que esta le dejó, siendo la menor la infanta Clara Eugenia, la persona que gozó de su cariño y confianza cual hasta entonces no habia gozado nadie.

IV.

Hallábase la reina embarazada cuando cayó enferma, y nó conociendo su estado los facultativos, hubieron de cometer algun desacierto en la aplicación de las medicinas, que dió por resultado una fiebre pertinaz, acompañada de frecuentes desmayos, y seguida al poco tiempo de insensibilidad en las extremidades.

Desesperados de salvarla los médicos de su cámara, la hicieron saber la inminencia del peligro en que se hallaba.

Isabel recibió la terrible noticia con cristiana resignación, y desde aquel momento solo pensó en prepararse á morir.

Recibió el Vático en la noche del 2 de octubre, y despues de recomendar á su esposo sus hijas, se despidió de el tiernamente. Felipe, segun el embajador francés, testigo de aquella triste escena, «se retiró á su cámara en extremo desconsolado.» Despues conversó la reina algunos instantes con el mismo diplomático, y al cabo de un corto desmayo espiró, «con tanta tranquilidad, que no fué posible fijar el instante en que exhaló su espíritu.» A poco de haber muerto dió á luz una niña, que no pudo vivir por ser

de tiempo prematuro, y que acompañó á su buena madre en el mismo féretro.

Hicieronle en la capilla de palacio suntuosas funerales, y al otro día se trasladaron madre é hija al convento de monjas de Carmelitas Descalzas, donde reposaron hasta que el panteón del Escorial pudo recibir sus despojos.

El pueblo dió las mayores muestras de su profunda desconsuelo al perder á la benéfica Isabel, espejo de virtudes en el cual se miraban los españoles.

El inmortal Miguel de Cervantes, que entonces se hallaba en la corte, hizo cuatro composiciones poéticas á su muerte, y vino á ser como un eco de los lamentos del pueblo.

Concluiremos nuestra biografía diciendo con él de nuestra heroína:

Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.

MARIANO JUDERIAS BENDEZ.

EL HOTENTOTE.

Aun cuando el cabo de Buena Esperanza haya sido descubierto por los portugueses en 1486, es el caso, que hasta mediados del siglo XVI no se ha formado en él colonia alguna europea. Los holandeses, bajo la dirección del cirujano Van Riebeeck, fueron los primeros que allí se establecieron; pues los portugueses habían sido desde luego rechazados por una larga serie de combates sostenidos con los naturales.

Los holandeses no pensaron al pronto en todo el partido que podía sacarse de la cultura del país; pero á medida que los adelantos fueron siendo más evidentes, los europeos engrandecieron sus posesiones hasta el punto de rechazar á los indígenas á los más áridos desiertos del Continente.

Estos desiertos fueron, hace ya algun tiempo, visitados por el célebre viajero francés Mr. Levaillant, del cual tomamos los siguientes detalles.

El Hotentote tiene los pómulos de la cara muy prominentes, y las mandíbulas excesivamente estrechas, de modo que su cara va disminuyendo progresivamente hasta el extremo mismo de la barba: su nariz chata ó aplanada tiene comunmente de seis á siete líneas de longitud, y sus ventanas son muy abiertas; su boca es grande y adornada de pequeños dientes nacarados, pero de una blancura exquisita; sus ojos muy hermosos muestran, no obstante, alguna oblicuidad hacia la parte de la nariz como los de los chinos. Con respecto á su cuerpo es bastante bien proporcionado: su marcha es airosa y sencilla. Las mujeres son igualmente bien formadas, teniendo los brazos, las manos y los pies modelados con tanta delicadeza que nada dejarían que desear en ellas.

El Hotentote muestra por lo general una gran indolencia y sangre fría, y sostiene constantemente una actitud de reflexión y de reserva, ocupándose con el mayor celo en guardar sus rebaños; porque él es naturalmente pastor, y no tiene la menor idea de los primeros elementos de la agricultura. Jamás se le vé sembrar, ni plantar; jamás se le vé hacer recolección alguna. Tampoco trabaja la leche; la toma tal como la naturaleza se la dá.

Vigilando así á la cabeza de sus rebaños, es forzosa-

mente un ceñero y atrevido cazador, ayudado desde luego en sus cazas por su vista sutil y su perspicacia. En un terreno seco donde el elefante no deja ninguna señal de su paso, en medio de las hojas secas y arrastradas por el viento, el animal es reconocido, y al mas ligero indicio su huella es perseguida, ya porque encuentra una hoja verde vuelta del revés y taladrada; ya tambien por el ruido de una rama que se desgaja.

La pieza principal del traje de los Hotentotes es un grande manto de pieles de carnero ó de otros animales salvajes, cosidas con hilo de tripa: este manto llamado *kross* le sirve durante la noche de cobertor y por el día de capa: si hace calor lo desabrocha, y si llueve ó hace frío lo ciñe su cuerpo. Cuando las pieles son viejas, cubre con ellas su cabeza, y cuando muere le envuelven sus compañeros en ellas para darle sepultura. Otra de las piezas importantes de su traje consiste en una pequeña faja ó cinturón de pieles, que ata alrededor de su cintura.

Pero, aunque el Hotentote, cuyo retrato hacemos, haya adoptado para su uso pantalones, zamarra y sombrero chato, traje puramente europeo, debido sin duda alguna á su contacto con los colonizadores, su fisonomía conserva siempre los trazos característicos de su raza.

Perdiendo gradualmente, por la excesiva ambición de los europeos, el derecho de apacentar sus rebaños, los Hotentotes han sido poco á poco reducidos á una especie de servidumbre que en muy poco se diferencia de la esclavitud ordinaria. Ultimamente fueron emancipados por el gobierno inglés en junio de 1828, y los isleños del cabo, en número de 30.000, fueron llamados á gozar de los mismos derechos y privilegios civiles y políticos que la población blanca de la colonia.

V. C. Ferrás.

ELEGIA PERRUNA.

—¿Por qué, Madrid, derramando
por los ojos dos Danubios
pones en salsa de lágrimas
oso, madroño y escudo?—

Así exclamó Manzanares,
rio de carnes enjuto,
con una bata de esterás
y un gorro de lienzos sucios.

El viento de siete marzos,
en pulmonías fecundo
lanzó la villa al oírle
en agrídulce siguinto.

—No es de tristeza mi llanto,
sino de gloria y de júbilo,
al contemplar las mejoras
con que mis fastos ilustro.

¿Qué me importa que en su hoguera
el sol me tueste de julio,
y á chorros vuelvan mis calles
elemento de besugos?

¿Qué me importa que cien bandos
muy ilustrados, muy puleros
por vestirme á la francesa
maten nacionales usos.

En cambio por todas partes
las sábias masas del vulgo
en la agonía se gozan
de cien perros moribundos.

Que un tiempo fueron los cañes,
del hombre amigos y alumnos,
y jugaban con sus hijos,
y guardaban su lujurio.

Hoy no hacen falta; que velan

en su lugar por el público
cuatrocientos funcionarios
con bordados de oro puro.

¡Bendito pues el filántropo
que con cien tijicos jugos
á la humanidad liberta
del ejército perruno!

¡Bendito el doctor morado
que halló en su bolla productos
ilustrando butifarras
con potasas y sulfuros.

¡Bendito quien, despreciando
cualquier trabajo infecundo,
gana reventando perros
honorífico peculio!

Atrás, atrás, pulmonías
del Guadarrama iracundo,
atrás, viznieto del Ganges,
y paisano de Confucio.

¡Atrás! dejadle que llene
su misión en este mundo,
que sin duda para eso
crearle al Señor le plugo.

Vedle, en pos de cada perro
enderezando su rumbo,
á ver si lleva encerrado
tras de alambres *il musso*.

¡Ay del que infringe las leyes,
que entre brillante concurso
traga el maná que al momento
le hace estallar el bandullo!

Esos herridos feroces
de gratitud son anuncios,
himnos de amor en quien halla
placer el pueblo á su gusto.

Reid, reid, vuestra risa
es legítimo trasunto
de la que en bocas salvajes
vieron Colon y Vespucio.

Reid, que ya desde ahora,
por un sistema tan pulero,
habrá vagamundos hombres,
mas no perros vagamundos.

No mas la hermosa afligida
verá acrecerse con susto
la enfermedad hidrofóbica,
que es de los perros verdugo.

Ni temerá ver rabiaando
su laberinto diminuto,
ni el cazador sus pendencios
ó sus galgos hielentos.

Que enjambándose los dientes
ya no hay peligro ninguno,
si del roncal los conduce
un ser mayor de tres listros.

Solo á los tristes justines
se exceptúa del indulto,
que en un pueblo donde hay tantos
no importa que mueran muchos.

En fin ¡cuántos de vosotros,
blancos y negros y rubios,
en carro de campanillas
de cal irán al sepulcro!

Mas no horreis; vuestros ojos
no el hauto vieran á cabos:
no falta ya quien sostiene á
que sois objetos de lujo.

¡Os salvasteis! y en un día
que muy cercano columbro
os harán contribuyentes
y semillero de duros.

José GONZÁLEZ DE TEJADA.

A ISABEL LA CATÓLICA.

SONETO.

Figura colosal de nuestra historia,

De matronas y reinas gran modelo;
No ya en la tierra, apenas en el cielo
El turo cabe de tu inmensa gloria.

Abismada recuerda la memoria
Tu alta virtud y religioso celo,
De tu espíritu ardiente el raudal vuelo,
Y á cada paso tuyo una victoria.

La morisma á tus pies encadenada,
Entré caudillos mil de heroica gente,
Miras en los harenes de Granada;

Y ante una corte en sábios floreciente,
Marte en Gonzalo te cedió su espada,
Y un mundo por Colon te dá Occidente.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ZAPATA.

LAS TRES MANZANAS DE ORO.

POR NATANIEL HAWTHORNE.

(Continuacion.)

Hércules se hizo esta pregunta, y á decir verdad, tenía todas las trazas de serlo; pero al contemplarlo de cerca mas parecia uno de esos extraños animales que tienen su asiento en los profundos del Océano. Porque los brazos y las piernas las tenía cubiertas de escamas como los peces; las manos y los pies iguales á los remos de un pato, y la barba, que era desmesuradamente larga y en extremo espesa, parecia un haz de algas marinas. ¿No has visto nunca, lector amigo, un tronco de árbol, de esos que la mar, despues de haberlo llevado largo tiempo sobre sus espaldas, arroja algunas veces á la playa, cubierto de moluscos y yerbas acuáticas? Si? pues bien; el viejo que acabo de pintarte era imagen viva de uno de esos leños; pero así y todo, no bien Hércules lo vió, quedó convencido de que no podia ser otro que el viejo de quien le habian hablado las zagalas.

En efecto, era el mismo, y dando gracias á su buena estrella, se le acercó de puntillas para no despertarlo, y lo asió de repente por un brazo y una pierna.

—Dime, le gritó, antes de que abriese los ojos; dime, por dónde se va al jardin de las Hespérides!

Puedes figurarte cuán asustado no se despertaria; pero figúrate tambien la sorpresa de Hércules; cuando como por arte de encantamiento se le transformó el viejo en un ciervo de gran tamaño, á quien tenía preso por una pata delantera y otra trasera! Apesar de esto, no soltó Hércules. Entonces el ciervo se convirtió en una gaviota que lanzaba penetrantes gritos, en tanto que Hércules lo sujetaba por una ala y una pata, de suerte que no podia volar el animalito. En seguida la gaviota tomó la forma de un horrible perro de tres cabezas que al sentirse cogido ahullaba y ladraba de una manera espantosa. Ni por esas. Al cabo de un minuto en lugar del perro apareció Gerion el monstruo de seis pies, de los cuales cinco se daban tanta prisa y tan buena traza en aporrear las costillas de nuestro héroe que si dura mas tiempo la pendencia se las muela á coces; pero Hércules no soltaba la sesta. Al ver esto Gerion adoptó la figura de una enorme serpiente parecida á las que en su infancia mató Hércules, con la diferencia de ser cien veces mayor y mas gruesa. Y era cosa digna de ver cómo se retorció y se enlazaba á su cuello, brazos y piernas, y qué latigazos daba con su cola, y qué silbidos con su asqueroso pico. Pero Hércules no solo no la soltó sino que la oprimió con tal fuerza que la hizo lanzar un doloroso ¡ay! á su manera.

Bueno será que te diga para que comprendas mejor estas transformaciones, que el viejo de la mar, aun cuando tenía todas las trazas de un figurón de proa, poseía la facultad de tomar la forma que se le antojaba; y que al verse tan brutalmente sorprendido por Hércules imaginó atemorizarlo por medio de las dichas transformaciones para que le dejase ir en libertad. Y ciertamente que si Hércules no hubiese sido mozo sereno y se asusta y lo suelta, el viejo se tira al agua de cabeza y no sabe á tomar resuello en muchos días por huir de preguntas indiscretas.

También estoy seguro que de cien hombres, noventa y nueve, á la primera transformación, huyen á todo correr; porque una de las mas grandes dificultades que tenemos que vencer en este mundo es la de distinguir los peligros verdaderos de los que no son sino aparentes.

Hércules, como dije, continuaba sujetándolo, y como á cada evolución lo apretaba mas, es fácil conocer que le haría sufrir y no poco. Determinó pues el paciente, en vista de esto, volver á su forma primera, á sus escamas, á sus plumas, á su cola de pez y á sus barbas verdes.

—¿Qué quieres de mí? le dijo al fin el viejo así que pudo tomar aliento; que es cosa que fatiga mucho el cambiar á menudo de forma, ó como si dijera, de casaca. Por qué me aprietas así? Suelta! ó de lo contrario te consideraré como el mas solemne bellaco que haya visto jamás!

—Me llamo Hércules! contestó el extranjero almerando la voz; y no te soltaré mientras no me digas el camino mas corto para ir al jardín de las Hespérides!

Cuando entendió el viejo con quién tenía que habérselas, comprendió que no había mas remedio que cantar de plano, porque como había rodado tanto por el mundo, á fuer de marino, conocía de nombre á nuestro héroe, y sabía que poniéndosele una cosa en la cabeza se salía con ella. Así que ni pensó en escaparse, ni en negar nada; antes al contrario, le dijo cuál era el camino mejor y mas corto, y le advirtió de todas las dificultades que necesitaba vencer para llegar á él.

—Es preciso que tomes por ahí, concluyó señalando con el dedo, y luego por allá, hasta llegar á la vista de un enorme gigante que sustenta el cielo con sus espaldas; y si ese sugelo está de buen humor él te dirá con todos sus pelos y señales dónde se halla el jardín de las Hespérides.

—Y si el gigante no está de humor, añadió Hércules con indiferencia sosteniendo en equilibrio en la yema del índice su maza corpulenta, tal vez encuentre modo de persuadirlo!...

Dicho esto se despidió afectuosamente del viejo, pidiéndole mil excusas por lo pasado, y haciéndole mil ofrecimientos para lo futuro, y tomó el camino. Durante este viaje le pasaron innumerables aventuras: yo las contaría porque son muy dignas de tu atención; pero por desgracia, no dispongo de todo el papel necesario para referirtelas con la debida prolijidad.

Si mal no recuerdo, en este viaje tropezó con un gigante de naturaleza tan extraña y prodigiosa que cada vez que por los azares de la guerra media el suelo con las costillas, se levantaba con las fuerzas decuplicadas. Anteo era su nombre de bautismo. Fácilmente comprenderás cuán fatigosa debía de ser una discusión á mano armada con semejante personaje, le daba Hércules, v. g., un porrazo que le hacia ver las estrellas y lo ponía de espaldas, y Anteo se levantaba, sacudiéndose el polvo, mas fuerte, mas furioso, mas terrible y mas capaz de todo que si su enemigo no le

hubiera tocado al pelo. De consiguiente, cuando mas le andaba Hércules con el bulto, mas en voz se ponía el señor Anteo. Algunas veces he tenido palabras con personas así; pero nunca he pasado á vias de hecho. En fin, el único medio que halló Hércules para dar remate á la lucha fué levantar en peso á su rival y apretarlo, con tanta maña, en tan buen sitio y con tantísima fuerza que le hizo echar toda la suya como si fuese viento, y no le dejó un átomo en todo el cuerpo.

Terminado este negocio prosiguió su viaje y llegó á Egipto, donde lo hicieron prisionero, y allí le hubieran condenado á muerte si no acierta á matar al rey y toma en seguida la fuga. Atravesó entonces á todo correr los desiertos de Africa, y dió vista por último á las orillas del grande Océano, en cuyo sitio, á menos que no pudiese marchar sobre la cresta de las olas parecia deberse detener.

Delante de sí no tenía otra cosa que el Océano espumoso, iracundo y formidable; mas de pronto como mirase hacia el horizonte, descubrió á distancia una cosa en que no había hecho alto. La tal cosa brillaba como el disco de oro del sol cuando sale ó se pone, y se acercaba á ojos vista, porque su tamaño y resplandor iban en aumento progresivo.

Al fin despues de mucho mirar, reconoció Hércules que aquello era una inmensa taza de oro bruñido. Cómo y por qué venía navegando, cosa es que ni la sé, ni puedo imaginársela, pero sea de ello lo que fuere, lo cierto del caso es que surcaba las olas, que las olas le abrían calle y que ninguna se atrevia á asomar las narices al borde.

—Muchos gigantes he visto en este mundo, dijo Hércules para sí, pero ni remotamente creía que hubiese uno capaz de comerse las sopas que caben en esta taza!

Y en efecto, la taza era enorme. Era tan grande, tan grande... que no me atrevo á decirte su tamaño. Sin embargo, para que te formes una idea de ella, figúrate una taza diez veces mayor que una piedra de molino. Y lo particular del caso es que aun cuando era de metal, flotaba sobre las olas como un pedacito de madera, y así fué flotando, flotando hasta que llegó á la orilla.

Lo cual visto por Hércules comprendió en seguida lo que debía hacer; que no se había encontrado en tantas aventuras para ignorar cómo y de qué manera tenía de conducirse en los sucesos que se apartaban poco ó mucho del orden natural. Parecióle pues tan claro como el sol del medio día, que aquella taza maravillosa que tenía delante había sido puesta en el mar por algun poder invisible y llevada allí para transportarle al través del mar, rumbo del jardín de las Hespérides. Así fué que sin perder momento se encaramó al borde, metió el cuerpo dentro y se dejó deslizar suavemente hasta el fondo. Una vez allí, tendió en el suelo su piel de león y se acostó con ánimo de dormir un par de horas, remitiéndose en un todo á su buena estrella y á la taza. El pobre no había descansado en tanto tiempo! Y luego las olas se rompian con un ruido tan sonoro y agradable contra la circunferencia de la taza, y esta se balanceaba tan blandamente, y este movimiento era tan dulce, que nuestro héroe quedó pronto sumergido en un sueño profundo y agradable.

(Se continuará).

M. J. B.

CAJA DE AHORROS DE «EL MADRILEÑO.»

La Caja de Ahorros para casos de enfermedad sigue dando sus resultados benéficos: once certificaciones llevamos registradas en el mes de julio anterior, de todas ellas ha sido una desechada por hallarse comprendida entre las enfermedades crónicas; los diez enfermos, contando los días de convalecencia, han invertido 1.600 rs. vn., que han sido sacados del *Banco de Economías*; ya ven nuestros constantes abonados que la Empresa de *El Madrileño* será la primera en España que haya establecido un medio verdadero y positivo de aliviar en parte una de las más dolorosas vicisitudes porque irremediablemente tiene que pasar la humanidad. Sigán nuestros suscritores prestándonos su apoyo y en su día presentaremos nuevas bases para ampliar esta humanitaria idea.

Respecto á préstamos, se han verificado tres de á 2.000 reales cada uno, y la Empresa tiene el sentimiento de anunciar que no la conviene seguir con esta base de préstamos; primero, porque la mayor parte de los que lo solicitan no presentan garantías satisfactorias; y segundo, porque no pudiendo hacer la Empresa los préstamos por sí, á causa de no existir fondos para este objeto, no la conviene entenderse con ninguna sociedad de crédito, por ser muy pesada la tramitación, particularmente para los que piden préstamos en provincias y pueblos lejanos, donde se tienen que tomar informes que no siempre son verídicos, y otra multitud de inconvenientes que hacen impacientar tanto á los que tienen que acudir á este medio como á los que gestionan para ello. Estas razones son las que nos han obligado á separarnos de este asunto por haber encontrado las dificultades que no previmos cuando con la mejor fe lo indicamos en nuestros prospectos.

Como la esperiencia nos va demostrando la utilidad para nuestros abonados de la Caja de Ahorros para casos de enfermedad, debemos ir reformando aquellos artículos que están espuestos á interpretaciones.

El art. 10 debe entenderse así: «El facultativo que asista á un enfermo, deberá espresar en la certificación que dará, concluida la enfermedad, los días que ha estado enfermo y los que ha tenido de convalecencia, á fin de que la Empresa, con este dato, pueda remitir la cantidad que corresponda al enfermo. Por consecuencia, las certificaciones no se enviarán hasta el restablecimiento del enfermo.»

LOTERIA.

En el sorteo verificado el 30 de junio no tocó ningún premio á la compañía.

Para los que se verifican el 12, 18 y 30 del presente mes toma la empresa los núms. 9.421 al 9.450.

En el sorteo del 18 del presente, tiene lugar el sorteo ordinario de los treinta regalos mensuales, y en el mismo se verifica el de los regalos extraordinarios para los que tienen derecho á él, que son los que han satisfecho seis reales por recibo extraordinario. A estos mismos se les enviará el recibo para los treinta regalos ordinarios del mes de setiembre y del mismo modo se enviará la suscripción *gratis* todo el mes de setiembre próximo.



A LOS FUMADORES.

Los que quieran provistarse del tan bueno como acreditado papel de hilo yodurado, para fumar, que con real

privilegio espenden, hace tiempo, los Sres. Aliot y López, pueden dirigirse á los principales almacenes de papel, estancos y kioscos de esta corte, donde con seguridad lo encontrarán de venta.

Los pedidos por mayor se dirigirán á dichos señores, calle de Atocha, 72, bajo, los que con puntualidad serán servidos.

Nada decimos de las buenas cualidades que en sí encierra el espresado papel, ni menos del lujo y esmero con que en su fábrica de papel de Alcoy se elabora, por ser ya bien conocido de sus consumidores.

CUADRO

genealógico-cronológico-histórico
DE JESUCRISTO.

POR EL Dr. D. RAMON OROZCO.

Este bellissimo cuadro es de cinco cuartas de largo por mas de media vara de ancho: en él está esplicada toda la vida de Jesucristo Señor nuestro. Se vende en la imprenta de este periódico al precio de 10 rs., y remitido al de 14 rs. cada ejemplar.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de *El Madrileño*.

Despedida del general O'Donnell de S. M. la Reina para la guerra de Africa en 7 de noviembre de 1859.—Una lámina en pliego.—Su precio 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.—Está de venta en la imprenta de este periódico.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTE ESTABLECIMIENTO, Y SE REMITEN AL QUE LAS PIDA.

LA COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos.	50 rs.
REFUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Veuillot, traducido por Vildosola.	8

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes	8 reales.
Por tres meses	20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses	26 reales.
Seis idem.	50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año.	120 reales.
---------------------	-------------

(Franco de porte.)

Colocacion en el Banco de Economías de un real por mes de suscripcion, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable,
D. JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.